

Ente,

por Ricardo Martín (Cádiz)

[Obra ganadora del concurso literario “Panteón”,
organizado por la web LauraGallego.com en 2006]

Al principio todo estaba oscuro. El Ente no sabía dónde se encontraba. No había nada.

Excepto... sí, allí abajo brillaba algo... un mundo. La curiosidad arrastró al ente hacia el mundo. ¿Qué era eso? ¿Por qué brillaba? El Ente, joven e inexperto, siguió acercándose.

Allí había alguien. Una presencia. Aunque... mirándola bien... no era una. Eran seis. Las seis presencias no parecieron notar la llegada del Ente. O tal vez no lo consideraron importante. Así, pasando inadvertido, el Ente se colocó entre ellas. Las presencias eran como el Ente, pero distintas a la vez. Al igual que el Ente, eran inmateriales. Incorpóreas. Conciencia flotando en el vacío. Pero eran más grandes. Más poderosas. Por decirlo de otra manera, más... conscientes. Y fijaban toda su atención en aquel pequeño mundo que se extendía bajo ellas. Entonces una de las presencias habló:

- ÉL SIGUE AHÍ ABAJO.

-¿POR QUÉ NO HA SUBIDO? – la respuesta de otra presencia no tardó demasiado en percibirse.

- LO TENÍA PLANEADO.

- HA TOMADO UN CUERPO.

Todas las presencias hablaban ahora. Sus voces denotaban poder. Control. Superioridad. El Ente se sintió indefenso entre aquellos poderes que percibía superiores a él.

- EMPEZARÁ UNA GUERRA.

- ¿VENCERÁ?

- SUS ADVERSARIOS SON MORTALES.

- PERO SU CUERPO TAMBIÉN LO ES.

- SIGUE SIENDO DEMASIADO PODEROSO.

El Ente percibió, con la curiosidad que lo movía, que las presencias no eran todas iguales. Había tres masculinas. Y las otras tres eran femeninas.

- PERO EL DRAGÓN Y EL SHEK QUE SE REVELARON CONTRA ÉL SIGUEN ABAJO.

- EL UNICORNIO ESTÁ TULLIDO.

- HERIDO.

- DESPROVISTO DE SU CUERNO.

- LA TRÍADA PIERDE SU FUERZA SI UNO DE LOS MIEMBROS NO ES CAPAZ DE LUCHAR.

- ¿DEBEMOS AYUDARLES?

- NO. LOS DIOSES NO PODEMOS INTERVENIR.

- PERO ÉL LO ESTÁ HACIENDO.

La discusión era siempre igual. Unos proponían, los otros objetaban. El Ente se sintió confuso. Si eran superiores ¿por qué dudaban?

- SI NO SUBE NO PODEMOS LUCHAR CONTRA ÉL.

- NO.

- DE NINGUNA MANERA.

- SI ÉL NO SUBE...

- BAJAREMOS NOSOTROS.

- NO PODEMOS HACERLO.

- ESTÁ PROHIBIDO.

- LAS LEYES QUE HEMOS CREADO NOS ATAN.

Las presencias hablaban ahora rápidamente. Se completaban las frases unas a otras. A veces con calma, otras agitadamente, e incluso con cierta ira a veces. Tenían... ¿personalidad? Cada segundo que pasaba el Ente sabía más de ellas.

- SI ÉL PUEDE ESTAR ABAJO, NOSOTROS TAMBIÉN.

- ¿TOMAR CUERPOS?

- NO.

- CREARLOS.
- DARÍAMOS CAZA A LA ABOMINACIÓN EN UN PLANO MATERIAL.
- LE OBLIGARÍAMOS A ABANDONAR EL CUERPO QUE HA TOMADO.
- PERO INICIARÍAMOS UNA GUERRA.
- PUEDE QUE NUESTRO MUNDO NO LA SOPORTE.
- ES NECESARIO.

Entonces el Ente presintió algo. Entró en una visión. El mundo comenzó a cambiar. Enormes ejércitos cruzaban sus llanuras y mesetas. Las aves levantaban el vuelo. Los carroñeros predecían un gran festín. Las razas que poblaban ese pequeño mundo se enfrentaban. La sangre teñía de rojo bosques y mares.

El Ente no pudo seguir mirando. Centró su atención en las presencias. Todas a la vez dictaron la sentencia del mundo:

-ES NECESARIO – proclamaron, y todas a una descendieron al mundo, que, confiado y tranquilo, no se esperaba lo que ocurriría a continuación.

Solo, suspendido sobre aquel mundo, triste y aterrorizado, el Ente empezó a sentir algo. La guerra no debía producirse. No sabía el porqué. Lo intuía, lo veía de reojo, pero no alcanzaba a comprender qué es lo que le preocupaba. Decidió bajar.

El mundo, ese mundo que desde arriba tan pequeño le parecía, desde cerca se le antojó enorme.

Era tan grande que no sabía qué hacer en él. Dónde ir, qué ver. Entonces, el Ente recordó a las presencias. Decidió buscarlas. En los mares había una. Los habitantes de los océanos, unas criaturas de escamosa piel la llamaban Neliam. Nombre... el Ente no tenía nombre... ¿o sí? En los bosques crecía otra presencia. Wina... Wina... susurraban los árboles. Los cielos eran el dominio de Yohavir. Los tornados bramaban su nombre. Las profundas montañas crujían y proclamaban: Karevan. Los soles, las estrellas y las lunas traían, como un susurro, como una caricia delicada el nombre de Irial. Y el calor y la arena del desierto escribían discretamente una palabra: Aldun.

Las seis presencias habían revelado su naturaleza y el mundo entero clamaba a sus dioses. El Ente se sentía muy pequeño. Los seis dioses eran imponentes. Le asustaban. Buscó refugio allí donde los dioses no alcanzaran. Pero era inútil. Cada ser, cada pequeña mota de tierra, cada gota de agua, brizna de hierba, rayo de luz, pequeña llama o ascua y cada soplo de aire rendía culto a los dioses. El Ente ansiaba huir del poder de los dioses. Le oprimían, le asustaban. Hasta que, finalmente, encontró unos seres que no rendían culto a los seis dioses. Grandes e imponentes unas enormes serpientes aladas se escondían en cuevas y llamaban en silencio a una oscura presencia. De nuevo, presa de la curiosidad, el Ente olvidó el miedo y se dedicó a buscar más seres que estuvieran relacionados con aquel ser superior. Y los encontró. Humanoides escamosos, de lengua bífida. Muchos. Aunque sus fuerzas estaban mermadas y permanecían ocultos también llamaban a esta presencia oscura.

Con pánico, el Ente atisbó la verdad. Un Séptimo dios se ocultaba, silencioso y a la espera de la guerra que haría sucumbir a este mundo.

Hundido y decepcionado el Ente se proponía abandonar aquel pequeño mundo al que se acercaba, lenta e inexorablemente, un terrible destino. Le apenaba terriblemente. Decidió recorrerlo, por última vez. Sus gentes vivían en paz. Por poco tiempo. Era un mundo bello, y lamentaba mucho que fuera a ser destruido. Cuando ya se iba a marchar el Ente vio aquello que creía imposible.

Descubrió tres cuerpos, tres seres que no adoraban a ningún dios. A ninguno. Ni siquiera al Séptimo. Estos tres seres no estaban juntos. Dos de ellos se encontraban en una torre. El otro recorría en anillo de hielo situado en el norte del mundo. Las tres criaturas le recordaban algo.

Mientras observaba a las criaturas todo se desencadenó. Los seis dioses emprendieron su guerra. Al principio los dioses se enfrentaron, solos, al Séptimo. Pero después la cosa cambió. Las razas que representaban a los dioses se mezclaron en la guerra. Nunca debieron hacerlo. El Séptimo, astuto y taimado, los confundió. Los engañó. Y no sólo a los mortales. Las diferencias que existían entre los dioses aumentaron. Recordaron las peleas del pasado. La diosa Wina fue la primera en caer en el engaño. Con rabia, se volvió contra su hermano Aldun, al que recriminó haber quemado parte de su mundo. La guerra se desbocó. Las razas se masacraban entre sí. Los dioses luchaban entre ellos.

Las tres criaturas se reunieron. Había una que, para desconcierto del Ente, no reaccionaba. La guerra, la destrucción, la muerte, le daban igual. No reaccionaba, no se movía. Y para su sorpresa, las otras dos criaturas reaccionaban de forma parecida. Sólo protegían a la criatura indefensa. Finalmente se vieron obligados a luchar. La guerra llegó a la torre. Las dos criaturas que podían moverse protegieron a la otra. Pero se vieron superadas. Una de las criaturas cayó, muerta, mientras luchaba. Un sentimiento creció en el interior del Ente. Un sentimiento enorme, gigante.

Lloró enormemente la muerte de la criatura. La otra criatura no tardó en morir.

Nuevamente el sentimiento hizo presa al Ente. No entendía por qué, pero no admitía la muerte de las criaturas.

Hasta que finalmente despertó, con lágrimas en los ojos, un extraño vacío en la cabeza y un grito en su boca:

- ¡Jack, Christian! ¡No!

En la oscuridad escuchó un susurro entrecortado, de una voz que conocía muy bien y que amaba con toda su alma. A su lado, Jack murmuró:

- ¿Vic... Victoria?